

PiNOCHO

AÑO VII
NUM. 345

25 cts

27 SETIEMBRE
1931



- ¿QUÉ ANIMAL ES UNO QUE TIENE CUATRO PATAS, UN RABO Y SABE LADRAR?
- UN PERRO!
- ¡ANDA! ¿YA LO SABIAS?

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



EL CORSARIO DEL RIO ROJO

P. r.
E. SALGARI



(Continuación)

—No, porque todos los chinos que formaban la tripulación del mandarín han sido muertos—me respondió el tonquínés—. Venid sin temor.

Me entretuvo durante la comida hablando siempre de su amigo el corsario y cuando comenzó a caer la tarde y el sol se puso nos embarcamos en el *sampong* que había de llevarnos a la bahía.

Llegamos allí a eso de la una de la mañana pues la corriente era del reflujo y contraria. Como la vez primera divisé el buque del corsario anclado en medio de la bahía.

En los mástiles, en la proa, en las toldillas y bordas había numerosas luces encendidas como si se preparase alguna fiesta a bordo.

Cuando saltamos en él sobre cubierta

vi con asombro en medio de ella un enorme montón de leña que ocupaba casi toda la toldilla.

El corsario vino a mi encuentro sonriendo.

Iba vestido con sus arreos de guerra; en el cinto en vez de un sable llevaba dos *catanas*.

—Me alegro de volver a saludaros antes de despedirme para siempre —me dijo estrechándome la mano—. Decid a las franceses de Saigón que Sinkio no volverá ya por estos lugares y que ya no volverán a oír hablar más de él.

—¿Partís entonces para hacer un largo viaje?—pregunté.

Me contestó con una sonrisa: después

de un breve silencio me dijo con voz triste:

—Hace ya cuatro años que me esperan mi esposa y mis hijos.

Estrechó nuevamente mi mano, abrazó a mi compañero y luego nos invitó a que nos volviéramos a nuestro *sampong*.

En aquel momento advertí que toda su tripulación había embarcado en las chalupas y navegaban hacia tierra.

—¿Se va solo?—pregunté al mandarín.

—Sí—, me contestó.

—Y ¿cómo hará maniobrar su barco?

—Para el viaje que va a emprender ahora no hacen falta marineros—me dijo—Mirad ahora.

El barco comenzó a moverse pues tenía todo el viento a su favor y las velas desplegadas.

Sinkio iba colocado en el timón.

Hizo un nuevo saludo: después nos volvió las espaldas para guiar su barco que avanzaba rápido hacia el mar.

Apenas se hubo alejado una milla vi que una llamarada inmensa se alzaba sobre la tolda iluminando siniestramente las aguas.

—¡El barco está ardiendo—grité.

—Es Sinkio que va en busca de su mujer y de sus hijos— me dijo el mandarín.

Le miré con estupor y conmovido.

—Sinkio ha cumplido su venganza y ahora marcha al mundo del cual nunca se vuelve ya—agregó el mandarín.

El barco estaba todo incendiado y se alejaba cada vez más.

Nubadas de humo rojizo se atorbellinaban gigantes en torno de él.

Aún corrió durante diez minutos, después vi que el fuego se apagaba bruscamente.

La nave se había hundido con las cenizas del corsario.

—Volvamos a Saigón— me dijo el mandarín suspirando—. Todo se ha acabado ya.

Y tristes y silenciosos nos alejamos de aquella bahía cuando ya los primeros rayos del sol comenzaban a iluminar el mar.

FIN

ARISTARCO Y DON TORCUATO SON COMO EL PERRO Y EL GATO





LAS ISLAS FIDJI

El aerobús pinochista navega majestuosamente por encima de los archipiélagos de Oceanía. Se halla en estos momentos sobre la Polinesia y el sabio buho va haciendo a los expedicionarios la descripción de cuanto desfila bajo la barquilla del globo.

Oigamos lo que dice.

—Cada una de las tierras de Oceanía es un pequeño mundo independiente y distinto. Y cada uno de los archipiélagos, cada una de las islas, se muestra con diferentes aspectos.

Aquí tierras volcánicas, allá circos de coral, y por todas partes indígenas de razas y costumbres distintas.

En unas islas habitan tribus que se encuentran aún en verdadero estado salvaje; en otras, tribus semicivilizadas que, conservando parte de sus antiguas costumbres, han resuelto el problema de su vida a costa de los vencidos.

En las islas Fidji es donde esta transición del estado salvaje al semicivilizado puede ser mejor observada.

Este archipiélago es uno de los más extensos de la Polinesia.

La tierra fidjiana es volcánica y aparece cubierta en su mayor parte por magníficos bosques.

Palmeras, cocoteros y platanales inundan el suelo de verdura. Hay además muchos árboles frutales cuyos pesados racimos de ricos frutos son desconocidos en nuestros climas.

Rodean los bosques y los valles lindas colinas surcadas de torrentes dando al paisaje el aspecto de un cuadro compuesto por artistas del más refinado gusto.

En las islas Fidji (así llamadas por los ingleses, aunque los indígenas las denominan de Viti) viven unos ciento cincuenta mil habitantes, que pertenecen en su mayoría a la raza polinésica, una de las más bellas del mundo y de las más vigorosas.

Entre los tipos fidjianos encuéntranse algunos de aspecto salvajemente feroz, tales como nos los describen los primitivos navegantes. Algunos, viejos ya, pero conservando en sus rasgos la ferocidad más temible; con cabelleras largas que les llegan hasta el vientre, barbas pobladas, musculatura férrea, verdaderos tipos evocadores del hombre habitante de las cavernas.

Practicase entre ellos la antropofagia y las costumbres de una religión de abominable crueldad, sin embargo de encontrarse en un estado social relativamente avanzado.





Antes de su anexión a Inglaterra, o por mejor decir a Australia, los fidjianos vivían agrupados en muchos y pequeños estados, gobernados cada uno de ellos por un monarca absoluto que estaba rodeado de una corte de ministros a los que había que obedecer sin réplica alguna.

Ser cortesano de un rey de Fidji era algo semejante a ser cortesano del Sol.

El rey Thokombau, uno de los últimos monarcas de Fidji, se distinguió entre todos por sus refinados instintos de crueldad. Bastaba que él tocara en la espalda a cualquier pacífico ciudadano para que en seguida su corte de soldados se precipitara sobre el infeliz señalado por el monarca, lo ataban, lo ponían en el asador y se lo servían a su soberano como succulenta merienda. ¡Y raro era el día que Thokombau no tuviera buen apetito para merendar!

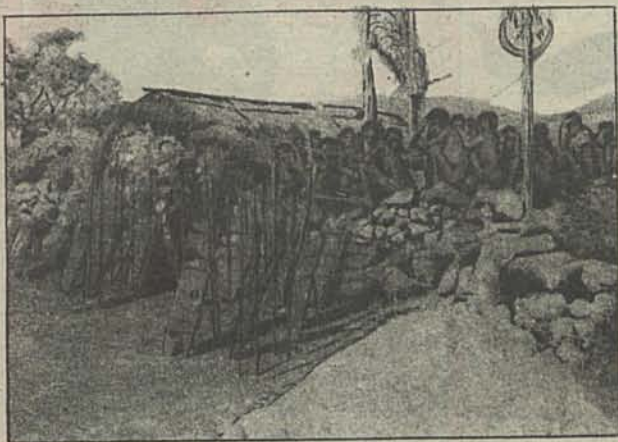
Entre los fidjianos se practica la antropofagia no solamente por la ley del hambre sino también como una solemnidad o un rito religioso.

Todos los alimentos los comen con los dedos, pero la carne humana solo la cogen con tenedores de madera.

Cuando viene al mundo un nuevo fidjiano sus padres tienen la repugnante costumbre de frotarle los labios con un trozo de carne humana, carne consagrada en ceremonias religiosas. De este modo ellos creen que el recién nacido será fuerte y valiente.

Claro que estas bárbaras costumbres corren pareja con el bárbaro poder sobrenatural que le atribuyen a sus dos principales divinidades que son Ndegéi, el dios serpiente, y Litu, el dios devorador de sesos humanos.

Sin embargo en el decálogo de su religión se manda «No matar» pero ellos, cuando matan, procuran mojar las flechas y



lanzas en veneno porque así dicen que ellos no hacen más que herir y que quien mata es el veneno.

Estos bárbaros sanguinarios sabían, no obstante, y con anterioridad a la llegada de los europeos, construir elegantes villas formadas por unas docenas de coquetonas chozas formando círculo para dejar entre ellas el espacio de una amplia plaza.

Los materiales empleados en la construcción son bambú, barro, piedra y ramas secas.

Las fachadas las adornan con caprichosos dibujos hechos con fibras de coco coloreadas.

En cada choza hay una gran cama hecha con hojas de maíz y en la que duermen juntos todos los habitantes de la casa.

Los fidjianos muestran gran afición a las cosas artísticas.



Saben fabricar lindas esteras de fibra, de un blanco deslumbrante que decoran con vivos colores.

Hoy día los fidjianos, comienzan a adoptar las costumbres de la civilización occidental. El canibalismo ha desaparecido, por lo menos oficialmente, y hasta se ven antiguos jefes, antes antropófagos, y hoy vestidos con trajes a la europea y mostrándose con la más perfecta urbanidad y cortesía.

Las grandes damas fidjianas, descendientes de reyes antropófagos, ofrecen hoy día a sus visitantes fiestas y té semejantes a los europeos.

La gente baja viste corsés estrambóticos adornados con hierbas y follajes. En cambio véanse institutrices uniformadas con la más exquisita corrección europea.

Óyense en las terrazas de los cafés curiosas orquestas ejecutando trozos de música europea (el vals de las olas tiene entre los fidjianos grandes entusiastas). Los músicos vestidos de blanco hacen sonar unos instrumentos de cuerda semejantes a las guitarras y a los contrabajos.

Es popular en estas islas la llamada «danza de la caña de azúcar» en la que niños y niñas bailan una especie de tango con movimientos que, según ellos, imitan a los rosales agitados por el viento y que acaba con una escena teatral en la que se simulan batallas y persecuciones.

El país es encantador y digno de que todo aficionado al gran turismo lo incluya en su ruta de viajes.

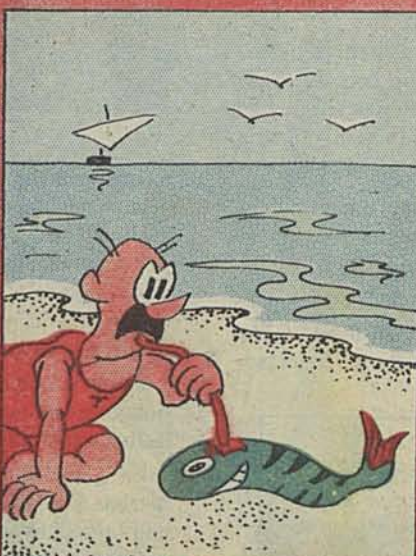
—¡Hay que visitarlo!—dijo don Turulato guiñando un ojo a Currinche.

—¡Sí! ¡Sí!—gritaron todos los viajeros pinochistas.

Pinocho en vista del unánime clamor mandó abrir la válvula del gas y el aerobús, lentamente fué perdiendo altura hasta que las anclas tomaron tierra y por una escala descendieron los viajeros a la maravillosa tierra fidjiana.



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



COLORÍN SU PANDILLA



DON KATITE



CUENTOS DE CALLEJA

Casilla

ROBERTO EL COCO



ROBERTITO era un muchacho muy listo y muy valiente que no tenía miedo al coco, sobre todo cuando estaba en forma de yemas.

Cuando tuvo doce años, como sus padres eran pobres, salió a buscar fortuna, y anda que te anda, bien pronto llegó a un paraje solitario donde había una choza abandonada. Penetró en ella, y encontró un perro, un gato y una pulga que se disputaban un conejillo. Al entrar Roberto dió la pulga un salto, y metiéndosele en el oído, le dijo:

—Si haces bien la distribución entre los tres, recibirás tu recompensa.

El perro, que conocía las mañas de la pulga, creyó que trataba de llevarse la mejor parte, y dijo:

—Al que toque una pata del conejo le voy a dar un mordisco que le voy a hacer cantar en latín.

Irritado el gato, creyendo que el perro se quería comer solo el conejillo, sacó las uñas, las afiló, y dijo:

—Alguno va a salir señalado esta tarde para todos los días de su vida.

Y al decir esto bufaba como un desesperado y echaba llamas por los ojos.

—Poco a poco gritó la pulga con una vocecilla de flauta travesera—; que al que yo le dé un picotazo debajo de la cola, va a tener para rascarse quince días: conque mucho ojo, que a mí también me gusta el conejo.

Roberto, después de oír a los tres animales, dijo:

—Propongo que se haga el reparto según el tamaño de cada uno.

—Eso, eso—dijo el perro, que era el mayor de los tres.

—Paso por ello—exclamó el gato, que, al fin y al cabo, no era el más chico.

—¿Y entonces a mí qué me va a tocar?—gritó la pulga desesperada.

—Para todos habrá—repuso el muchacho.

Y sacando la navajita dividió al conejillo en cuatro

partes desiguales, y apropiándose la mayor, por ser su tamaño mayor que el del perro, dió a éste la segunda, al gato la tercera y a la pulga la colita, con lo cual todos quedaron satisfechos.

Al despedirse les dió el perro un pelo de su lomo, diciéndole:

—Con este pelo te convertirás en perro cuando quieras.

El gato le dió una uña que se le había caído, acompañando su regalo con estas palabras:

—En cuanto la mudes de bolsillo serás gato.

La pulga se arrancó una escamita de la cola, diciéndole:

—También podrás ser pulga cuando quieras.

Con estos talismanes, que ni hacían bulto ni pesaban, se puso Roberto en marcha buscando la fortuna. Durante el camino se entretenía en convertirse en galgo para cazar liebres, y de noche, convertido en gato, dormía en la copa de los árboles. Alguna vez, para evitarse disgustos con los cazadores, tuvo que convertirse en pulga.

Deseoso de viajar con más rapidez, convertido en gato subió al nido de un águila, y transformándose en pulga, se le colocó en la cabeza, marchando a todas partes

con el ave.

Una flecha certera hirió al águila, y el animal cayó en el parque de un gigantazo, dueño de un castillo y terror de aquellas comarcas. Se llamaba Moler y Amolar, y era tan diestro cazador, que se entretenía en matar las moscas a flechazos; era tan malo, que había desbarrigado a más de cincuenta niños por roerse las uñas y, según se decía, no había manera de matarle, porque su piel era más dura que el acero. el fuego no le quemaba, y el agua no lograba ahogarle.

Todo su castillo lo tenía lleno de niños y niñas, a los cuales daba una azotaina diaria con una palmeta llena de agujeros.





Enterado Roberto del caso, decidió salvar a los prisioneros, y aprovechando la ausencia del gigante, se coló por el ojo de la llave en el castillo, y allí, adquiriendo su forma verdadera, dijo a los muchachos que bien pronto el gigante Moler dejaría de molerlos a palos. Dicho esto se transformó de nuevo en pulga y se escondió debajo de una almohada del gigante.

Cuando éste regresó, después de haber cazado dos elefantes, tres leones, veinte tigres y dos mosquitos, dijo a la criada de la casa:

—Guisame esto con diez fanegas de arroz para cenar. Hoy traigo poco apetito; de manera que después de la paella sólo me comeré veinte ballenas en escabeche y un bergantín asado a la parrilla. Luego una tortilla con cien mil huevos de avestruz, cinco mil arrobas de vino y una copita de agua, porque no digan que uno es aficionado a la bebida... ¡Ah! Si en la paella quieres echar quinientos bueyes, haré un esfuerzo y pasarán también.

—¿No va usted a tomar postres?—preguntó la criada.

—Con mil fanegas de castañas y quinientas de almendras tengo bastante. No dejes de poner pan, que ayer, por no servirme más que quinientas tahonas, me quedé con gana.

Después de aquella terrible comida el gigante se acostó, y Roberto de un saltito se le metió en una oreja, que tendría el tamaño de una catedral, y le dijo:

—Señor de Moler y Amolar, bien podía usted dar suelta a esos chiquillos, que no le han hecho nada.

El gigante miró a todos lados para ver quién le hablaba, y no viendo a nadie, creyó que era la voz de su conciencia, que nunca había dicho: «Esta boca es mía.»

—Esto—dijo—debe de ser efecto del vino; pero requiere contestación. Pues no los suelto —añadió— porque no me da la gana, y porque me han dicho que están muy ricos con tomate. En cuanto reúna mil siquiera, me van a hacer una fritada que

voy a chuparme los dedos.

—¿Y no piensas en que puedes morirte de un reventón?

—De ninguna manera; yo sólo puedo morir si me estrellan en la cabeza el huevo de una perdiz que está todavía dentro del ave, y ésta en el estómago de un perro, y éste en el de un lobo, y el lobo en la barriga de mi hermano, que está a mil leguas de aquí. Conque ya ves si puedo estar tranquilo.

Roberto salió del castillo, se convirtió en galgo, y corrió tanto, que al fin llegó donde estaba el hermano del gigante, y cuando le vió se convirtió en pulga, se le metió en la boca y llegó al estómago; convertido en gato, mató al lobo a fuerza de mordiscos y arañazos, luego al perro que estaba dentro de aquél, y, por último, salió viva la perdiz, que, aprovechando un bostezo del gigante salió volando por la boca, y detrás de ella Roberto convertido en galgo y gritándole:

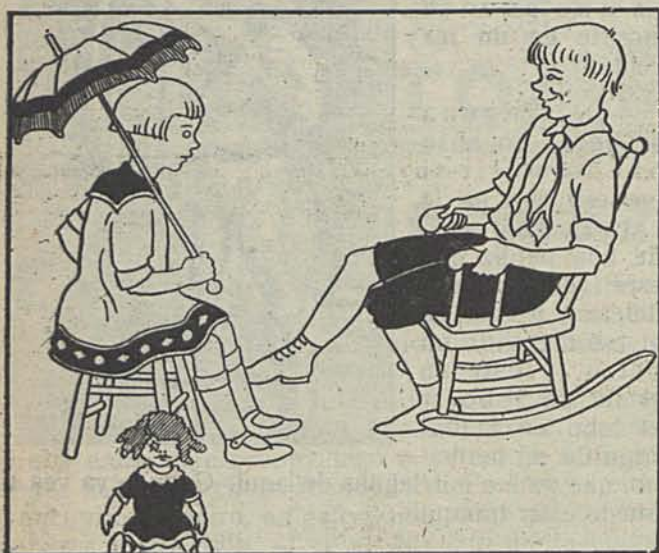
—¡Suelta el huevo, que me hace mucha falta! ¡Suéltalo, o te como!

La perdiz, compadecida y asustada a un tiempo, puso el huevo en el suelo, diciendo: «Ahí queda eso»; lo recogió Roberto, y volviendo al castillo del gigante, aprovechó un descuido y le estrelló el huevo en la cabeza, de cuyas resultas falleció, convirtiéndose en un montón tan enorme de juguetes, que después de repartir uno a cada chico, aún le sobraron para poner un bazar con el cual se hizo muy rico.



CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE SETIEMBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)



DIBUJO CON ERRORES

Nada menos que diez errores hay en este dibujo.

Uno de ellos es el de poner a la muñeca solamente on un ojo. Es de una crueldad verdaderamente intolerable.

¿Vosotros sabéis cuáles son los otros nueve errores? Me parece que si.

Afortunadamente, todos vosotros sois bastante listos...

EL PERRO ESCONDIDO

Un perro estaba haciendo equilibrios encima de un cerdo, sin sospechar, que otro perro que estaba escondido estaba viendo todos sus ejercicios.

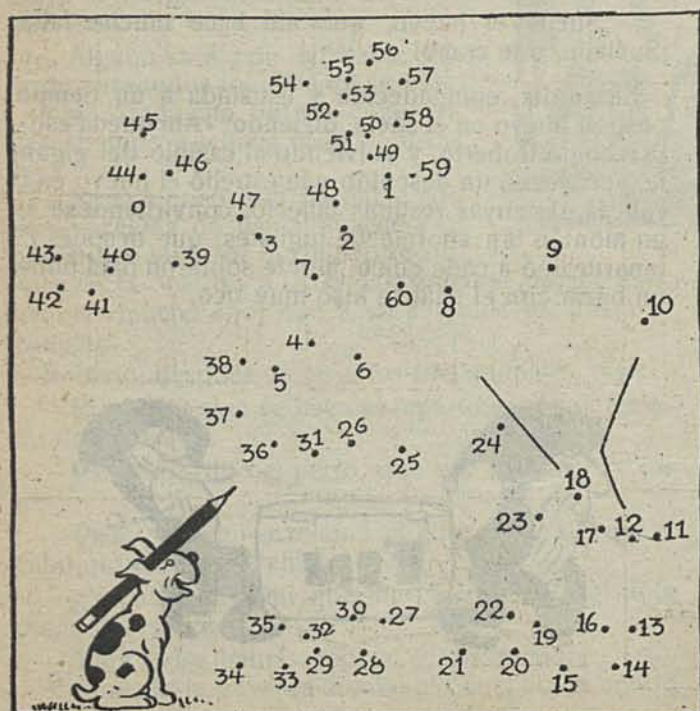
¿Sabéis vosotros dónde está el otro perro?



UN LAPIZ PRODIGIOSO

Este perrito es un admirable dibujante. En el momento actual está muy contento porque acaba de hacer un dibujo formidable.

Si queréis saber cuál es este dibujo unid los números con líneas empezando en el 1 hasta terminar en el 60, siguiendo el correspondiente orden.



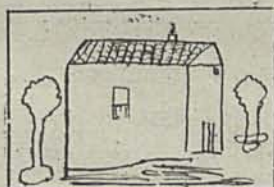
COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE SEPTIEMBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



La bruja estropajo
Un desconocido



Casa Campo.—Tomás G. A.



Miss Europa
María Sesma



Mi mejor amiga
Marisa Acevedo



Llamando a Pinocho
Mercedes de Torres



Indio americano
Lucas Pardo



Un tipejo
Mercedes de la Vega



El amigo Pardo
Angel Garcia



Charleston
G. Comas



Misterio
Jesús Benito



Holandés
J. C.



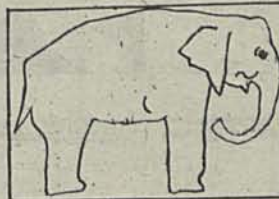
Un ganso
Florinda Mayán



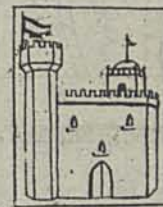
Un explorador
A. San Miguel



«Chuchita»
Joaquina Jaraquemada



Elefante.—Rafael Salsuquillo



Castillo
Antonio Alarcón



«Lourdes»
Inés Jaraquemada



Después del boxeo
S. C.



Sancho Panza
Ramón Martínez



Cabeza
Ricardo de Zavala



Perfil
Un desconocido



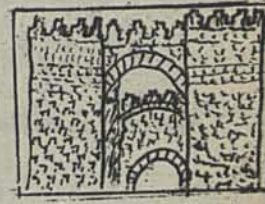
¡A dormir!
María Sesma



Una del siglo
Purita Hergueta



Yo
A. San Miguel



Puerta de San Vicente
por Manuca



Pinocho.—C. Barranco



Carnaval
Matilde Arias



Uno que yo conozco. José Brotons

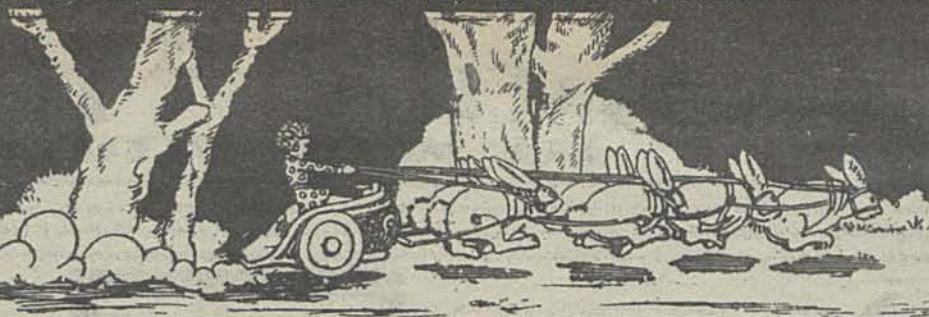


Mi perro.—Vicente Zalve



Cabeza de caballo
Juan de Dios Salas

ANITA BUEN- CORAZON



¡¡PINOCHISTAS!!

A PARTIR DEL NÚMERO DEL
4 DE OCTUBRE

PINOCHO

OS OFRECERÁ UN INTERESANTE
CONCURSO DE CUENTOS
CON UN
DERROCHE DE REGALOS

ADemás COMENZARÁ LA PUBLICACIÓN
DE LA EMOCIONANTE NOVELA DE

E. SALGARI

LA CAZADORA DE CABELLERAS

EN FORMA ENCUADERNABLE
EMPEZARÁ EL PRECIOSÍSIMO CUENTO
CAPERUCITA ENCARNADA

CON PROFUSIÓN DE ILUSTRACIONES EN COLOR
TIN Y TÓN TAMBIEN EN COLOR
ETC, ETC, ETC,

EL DÍA 4 HABRÁ QUE MADRUGAR

Sección Pirula

Charles de Pirula... médico...
y modista

A PIRUCHI le ha
picado una abeja

Me tenéis desolada
amigas Pirulindas,
porque me sucede
algo que no me había

sucedido nunca y que es terrible. Mi cuento, el del vilano de plata, María Rosa, el hermoso jardín y el feroz jardinero, no le ha gustado a Pituchi.

No, nunca, nunca en mi vida de muñeca de cartón escritora, bordadora, pintora, decoradora, etc..., etc... me había ocurrido semejante percance.

Yo no sé si es que mis Pirulindas cuando no están satisfechas conmigo, tienen la bondad de callárselo, pero es el caso que cuando me dan sus noticias siempre me dicen cosas amables.

¡Y he aquí que Pituchi me protesta un cuento! ¡Qué desastre! Bueno, la verdad es que no todo el cuento la ha disgustado; hasta tengo motivos para suponer que el principio ha sido tan de su agrado como del vuestro; y lo demás también, hasta... hasta el episodio de la abeja.

Según me ha contado un pajarito (porque yo también, lo mismo que vuestras mamás tengo un pajarito que todo lo ve, todo lo oye, todo lo parla, y que me cuenta todas vuestras cosas) Pituchi ha exclamado:

—Pirula nos engaña ¡Una abeja no es así como ella la describe! No, no es una princesita «de talle fino, ceñido en lujoso vestido de peluche, sedosa y dorada» y dispuesta a regalarle un poco de miel y de cera a una niña para sacarla de un apuro. ¡Al contrario! Es un horrible y cruel insecto que tiene un aguijón para clavárselo en el dedo a las niñas, aunque sean buenas y no le hagan ningún mal.

¡Pobre Pituchi! Disculpo su rabietilla; es bien natural que ella vea así a las abejas después de la aventura que le acaba de suceder... ya sabéis a qué aventura me refiero. ¿No?

A la del otro día en que Pituchi, en el jardín de la casita de campo donde veranea con sus papás, fué a oler una rosa y de ella salió una abeja y ¡zas! la clavó su aguijón en un dedo, con lo cual la hizo mucho daño pues además del dolor del pinchazo, por el aguijón sale cierto líquido venenoso que escuece bastante.

Si, es natural que Pituchi tenga tan mala opinión de las abejas y que un elogio a ellas la moleste como una ofensa personal.

Pero vosotras bien sabéis que la abeja es un insecto muy trabajador que fabrica la miel que nos es tan dulce.

Por cierto y sea dicho de paso, la miel no es solamente una riquísima golosina, para extenderla sobre el pan; no, puede sustituir al azúcar en la leche o en el café, y además de endulzarlos lo mismo que el azúcar es más sana y nutritiva que ella.

La propia Pituchi está bien enterada de la utilidad de la abeja y en cuanto se le pase el rencorcillo por su accidente, lo reconocerá; y hasta puede que perdone el mal que la hizo la que la picó.

Porque al fin y al cabo, ese aguijón lo tienen las abejas para defender su fortuna, que tanto trabajo les cuesta fabricar.

Si un señor, por muy bueno que sea (pongamos por caso un papá de Pirulinda) ve acercarse un tigre o un león, ¿no disparará su fusil contra la fiera?

Ahora que esto no es probable que suceda en las casitas de campo; allí lo que ocurre es lo contrario; son los animales los que se defienden contra las personas, aun cuando estas personas sean unas niñas encantadoras incapaces de hacerles daño alguno. Pero todo esto lo pensamos ahora, porque estamos tan tranquilas; si nos pica una abeja... Lo primero es arrancar el aguijón que la abeja ha dejado clavado en la carne;

pueden utilizarse pinzas de esas de depilar lo mismo que si se tratase de una astillita. Luego se frota la parte dolorida con agua de colonia, o con amoníaco, o con éter, o con alcohol alcanforado. Si no se tienen a mano ninguno de estos productos, entonces pueden sustituirse con agua salada.

Y si no se tienen tampoco pinzas, la manera más sencilla de arrancar el aguijón y, al mismo tiempo, calmar el escozor, consiste en frotar con un poco de tierra fina, y luego dar una loción con vinagre.

Y ahora vamos a no compadecer demasiado a Pituchi porque bien compensado tiene el dolorcillo que la produjo la abeja.

Figuraos que su mamá, para consolarla, le ha encargado en seguida su primer traje de Otoño, que se pondrá en cuanto vuelva a la ciudad y deje los delantalitos de cretona que lleva ahora, tal como el que veis en esta página.

También podéis ver el tal trajecito otoñal. Una monada de lanilla, a cuadritos chiquirritines en beige y marrón; en el centro de la falda, tiene una franja vertical, al biés.

La blusa es de crespón azul fuerte. El gorrito hace juego con el traje; y así mismo la bufandita que es de crespón azul con una jareta de lanilla en los extremos.

¡No me negaréis que un modelito como este bien vale una picadura de abeja!

